



Capítulo 1 – “El Cazador Cazado” –

*"El que quiera salvar su vida, la perderá;
Y el que la pierda por mí, la salvará."*

Mateo 16:25

El reino olvidado en Tierra de nadie, se encuentra desierto y repleto de almas que perdurarán por siempre en los presentes, la llama de la vida apagada en un pestañear, al convertirse todo en ruinas. Los viejos jardines, ahora solo son tierra en polvo y cenizas de los que ayer lucharon, de los que hoy se hablan y de los que mañana se olvidan, de ellos, ecos de dolor... que no pudieron hallar la luz... y ahora son controlados por él.

Aquellos que intenten escarbar en lo que una vez fue un reino condecorado, no encontrarán palabras, ni salvación, si es que la tentación rige sus actos. La niebla gobierna desde la cercanía del mar, hasta los extremos del reino, criaturas misteriosas habitan ahora en él.

Allí, donde hay tormentas y no lluvias, la moral se pone a prueba, la locura se expande. Bajo la realidad de los cadáveres y restos, pocos hoy sueñan con lo hermoso que era antaño. Pero el vacío les recibirá donde el fuego eterno no alumbra, en la ciudad falsa, curada por la muerte. Más dice la leyenda, que quien intente meterse en lo que fue cosechado por la ira, las estrellas caerán, el sol llorará y todo lo que fue, se volverá a manifestar.

- ¿Dónde estamos? Ya tendríamos que haber llegado...-

- ¿Llegar a dónde? Si hace días que andamos vagando a ciegas por los valles de Athínas... Por favor de que mierda nos sirve un cartógrafo si no sabe leer un maldito mapa-

Athínas era apenas un susurro entre comerciantes supersticiosos y soldados ebrios. Nadie con sentido común pisaba sus tierras. Nadie, salvo los necios.

Cinco hombres avanzaban entre maleza y escombros: botas gastadas, espadas herrumbrosas, ambición en los ojos. No buscaban redención. Ni siquiera gloria. Solo oro viejo, artefactos, joyas malditas si era necesario. Todo vale algo en las ciudades sin nombre.

- ¿Y esto era una capital? - preguntó uno, escupiendo en el polvo - . Parece un osario.

- La ciudad falsa - murmuró el cartógrafo, sin alzar la vista-. Así la llamaban. Por fuera un reino... por dentro, algo más.

Las ruinas susurraban en voz baja. Piedras rotas, vitrales carcomidos por el tiempo. Pero al fondo, intacta como una burla al desastre, se alzaba una iglesia negra. Su cúpula, agrietada pero firme, coronaba el centro de la muerte.

- Ahí está lo bueno - dijo el líder, sonriendo con codicia - . Si hay tesoros, van a estar bajo el altar.

Entraron.

El silencio allí dentro era brutal. Ni ecos, ni viento. Solo el crujido de pasos y el leve rezo de algo que ya no tenía voz. Las estatuas eran humanas, demasiado humanas: ojos hundidos, bocas entreabiertas, manos tendidas como si esperaran ayuda... o carne.

Uno de ellos se separó del grupo. Caminó entre los bancos rotos hasta una puerta lateral. La abrió.

Un chillido seco quebró el aire. No hubo lucha. Solo un golpe. Cuando los demás llegaron, encontraron el cuerpo clavado al techo, partido en tres, como si lo hubieran estirado para ver qué tan lejos podía llegar la carne antes de romperse.

- ¡¿Qué mierda fue eso?! - gritó uno, desenvainando tarde.

Algo cayó. Algo blando y pesado. Un cuerpo sin rostro.

Luego lo vieron.

Se arrastraba por las paredes con seis patas gruesas, peludas, dispuestas de a tres a cada lado como un insecto maldito. Su torso era largo, elástico, y se alzaba al caminar. Varias hileras de ojos titilaban en su vientre, algunos cerrados, otros mirando. En lo alto, brotaban dos brazos cortos con garras romas que no desgarraban: golpeaban. Hundían.

El segundo cayó sin gritar. El monstruo se le lanzó encima, le sujetó la cabeza con las patas delanteras y, con precisión de carnicero, le arrancó los ojos. Después, siguieron las uñas. Comía de abajo hacia arriba, despacio, mientras los demás huían.

La iglesia se cerró sola.

No importó qué puertas empujaran ni cuántas paredes golpearan. Estaban adentro.

Uno por uno.

El tercero quiso esconderse bajo el altar. El cuarto, correr hacia el campanario. No importó. Siempre llegaba antes. Y cuando lo hacía, no mataba al instante. Les hablaba con los ojos. Les pedía algo. Les hacía comprender algo que nadie debía.

El cartógrafo fue el último.

Temblando, se encerró en la sacristía, con sangre hasta los codos y la vista perdida. Afuera, la criatura rasguñaba la madera, lenta, paciente. Iba a entrar. Y él no sabía rezar.

Entonces lo escuchó.

Pasos firmes.

Un golpe seco.

Silencio.

Y luego, el pestillo girando.

La puerta se abrió. No entró un ángel ni un demonio. Entró un hombre. De rostro sereno, bigote fino, barba breve pero marcada, cabello corto y oscuro. Vestía como un noble en ruinas. No traía armadura, pero su andar tenía peso. Su mirada, temple.

¿Estás herido? —preguntó.

El cartógrafo en silencio le miró. El hombre le ofreció agua, y luego, sin decir más, arrojó al suelo una cabeza cortada. Se retorció todavía. No tenía boca. Solo ojos.

Este no era el único. —dijo el forastero, limpiándose las manos en un pañuelo impoluto—. ¿Cómo te llamas?

No... no importa —dijo el cartógrafo—. ¿Quién eres tú?

El hombre miró hacia la cúpula, donde el mármol rezumaba una sustancia negra, y dijo con voz suave:

Un humilde pastor, matando a sus ovejas.

El cartógrafo bajó la mirada. No dijo palabra. Le temblaban las manos, no por frío ni por miedo, sino por algo más profundo. La certeza de haber visto lo que no debía. Y de seguir respirando.

El forastero le tendió una tela limpia.

- Sécate la sangre. No es tuya... todavía.

El viento, si se lo podía llamar así, sopló hacia adentro. La iglesia, herida y devota en su silencio, pareció suspirar. Un largo lamento de piedra, como si lo antiguo reconociera al hombre que había entrado sin pedir permiso.

Salieron de la sacristía. Las velas, que nadie había encendido, seguían ardiendo.

- ¿Qué era eso? —preguntó el cartógrafo, sin esperar realmente una respuesta.

- Una de las crías. No le pongas nombre. Nombrarlas es recordar. Y recordar les da forma.

-

- ¿Crías de qué? -

El forastero no respondió. Caminó entre los restos con la calma de quien ya ha visto demasiado. A un lado, el altar se quebraba por dentro. Algo murmuraba debajo.

El cartógrafo lo notó.

- Se mueve... -

- No te acerques. Esta iglesia no terminó su misa. -

El forastero se agachó y tocó una grieta del suelo con la yema de los dedos. Allí, donde la piedra estaba caliente. Donde la sangre brotaba sin cuerpo.

- Este lugar fue testigo —dijo—. La fe podrida engendra cosas que la fe pura jamás entendería. Aquí rezaban a un dios que ya no escucha. O tal vez escucha... pero ya no es dios. -

Una campana sonó. Sola.

La puerta, que hasta entonces no había cedido, crujió como si alguien al otro lado hubiese desistido de mantenerla cerrada. El exterior seguía en la misma penumbra. Nada cambió. Y sin embargo, todo pesaba más.

- Tenemos que irnos —dijo el cartógrafo.

El forastero asintió, sin urgencia. Tomó una de las estatuas pequeñas, caída del atril, y la envolvió con cuidado. La figura era humana, pero con ojos de insecto tallados en la espalda. No dijo por qué se la llevaba.

- ¿Tu nombre? —preguntó el cartógrafo, por fin con voz firme.

El hombre se giró. Lo miró de reojo.

- Los nombres son como puertas: se abren, con consecuencias. Pero si te tranquiliza... puedes llamarme Malak. -

- ¿Es tu nombre? -

- No, solo es una blasfemia.- Respondió Malak

- Yo soy Diantus, Diantus Lungwort.

Caminaron en silencio entre cadáveres irreconocibles. El aire se había espesado como alquitrán. Afuera, la niebla se agolpaba, furiosa, pero sin atreverse a tocarlo.

- ¿A dónde vamos?-

- A donde quede algo en pie, una salida.-

- ¿Y si no queda ninguna? -

Malak sonrió, por primera vez. Fue una mueca leve. Un gesto burlón.

Entonces nos escabulliremos entre los escombros.

Dieron unos pasos, y Diantus se detuvo. Algo brillaba detrás, apenas. No era oro. No era metal. Era un ojo. Uno solo. Aún abierto, entre las grietas del mármol.

- Nos sigue viendo. -

- Sí —dijo Malak sin mirar atrás—. Y nosotros a él, hay que movernos. -

- ¿No sería mejor espera a que se vaya? -

- No, si sabemos donde está, ya sabemos de donde podría atacar. Para así escapar. -

La niebla se abrió a su paso, obediente. Como si le conociera. Como si supiera que no era igual que el resto.

Caminaron entre columnas caídas, nichos vacíos y altares partidos. No había viento. Solo un murmullo que parecía salir de las piedras mismas, como si la ciudad hablara sin querer, arrastrando el idioma de los muertos en sus ruinas.

El Diantus evitaba mirar directamente a los rostros esculpidos en las paredes. Algunos parecían llorar. Otros, orar con la boca sellada. Uno sonreía. Pero no era una sonrisa humana.

- ¿Qué les pasó? —preguntó, casi sin voz—. ¿Siempre fueron así?

Malak se detuvo. Su figura parecía ajena al entorno, como si no le afectara. Pero sus ojos estaban cargados. Oscuros, rasgados. Sin ira, sin piedad.

- No nacieron así. Ninguno lo hace. Respondió Malak

Apoyó una mano sobre una estatua caída, rota en dos. Era la figura de una mujer con manos extendidas. En lugar de ojos, tenía cuencas talladas como cruces invertidas.

- No fueron castigados... se deformaron. Ellos mismos. Uno a uno. Por sus actos. Por sus creencias. Por rendirse. Cuando se reza a un Falso Dios, no se obtiene silencio... se obtiene eco. Y el eco, si lo escuchas el tiempo suficiente, cambia lo que sos. -

- ¿Y ese Ser... existió? -

- Sí. O algo así. No como los libros lo cuentan. No era salvación. Era una ausencia hambrienta. Un abismo vestido con mitras. Aquí le entregaron carne, fe, sangre. Y el abismo respondió. No con palabras. Con ilusiones... Con promesas vacías.-

Se agachó junto a un charco negro. No era agua. Era una secreción espesa, con reflejos rojos como brasas apagadas. El cartógrafo se inclinó, pero Malak lo detuvo con un gesto.

- Ese fue un abad. Se decía puro. Casto. Pero por dentro era deseo oculto, culpa podrida. Lo negaba tanto, que al morir se le marcó en el alma. Ahora vaga en forma de lodo viviente. Se arrastra entre las criptas, esperando tocar piel. No para poseerla. Para juzgarla. Si encontras su mirada en el reflejo, se come tu rostro, piel, dejando los huesos. -

El cartógrafo se apartó con un temblor.

- ¿Y no se puede... salvar a ninguno?-

- No. Ya no hay redención. Porque ellos no quieren ser salvados. Fueron humanos. Tuvieron oportunidad. Pero se desviaron del sendero hasta que ya no sabían que existía uno. Perdieron la forma no por castigo divino, sino por decisión. Porque prefirieron la Gula, la Pereza, la avaricia, la Envidia, la Soberbia, la Lujuria, la Ira . Porque entregaron sus mentes, sus cuerpos, y sobre todo... su Razón.-

Malak siguió avanzando. Su voz se volvió más baja. No por temor. Por respeto.

- Uno se convirtió en estatua. Otro, en un Insecto. Algunos dejaron de tener carne y se hicieron sonido. Pero todos siguen un patrón: repiten su pecado como si fuera virtud, una virtud deforme. Porque para ellos, lo que los deformó no fue error... fue adoración, fue sacrificio.-

- ¿Y vos cómo sabés tanto?-

- Porque me criaron cerca del borde. Y porque uno no aprende esto con libros. Lo aprende con cicatrices. Yo vi a una monja entregarse a este dios muerto... y la vi predicando sin boca. Solo con rezos escritos en la piel, matando al pueblo que una vez abrazó.-

Un zumbido leve los rodeó. No de insectos. De voces, distantes y entrecortadas, como cantos mal recordados.

- Se acercan —dijo Malak—. Pero aún podemos salir si seguimos el ritmo.

- ¿Qué ritmo?-

- Ellos marchan con rezos antiguos. Si pisás fuera de compás, te oyen.-

El cartógrafo lo miró, incrédulo.

¿Estás diciendo que ellos piensan?

- No, es naturaleza, como te dije, ya no son lo que eran. Rezan con el cuerpo. Como si fuese una misa. Y vos y yo, para salir... tenemos que movernos, al sonar de la campana.-

La niebla les envolvía como un sudario, denso y frío, mientras Malak y Diantus avanzaban tambaleantes por el sendero tortuoso entre árboles antiguos y troncos caídos. Cada músculo dolía, cada respiración era un peso. La ciudad maldita detrás de ellos ya no era más que un recuerdo envuelto en sombras y gritos, pero el eco de sus pesadillas persistía en la piel y la sangre.

Malak caminaba delante, sus pasos medidos y seguros, aunque su rostro mostraba la misma fatiga que el cartógrafo. Este último, con la vista perdida entre la niebla, apenas podía sostenerse en pie, las heridas sangraban y la mente estaba agotada por el horror vivido.

—No podemos detenernos —susurró Malak, con voz grave—. Aquí no nos esperan más bestias, pero la oscuridad aún está despierta, y las sombras que la ciudad dejó son solo el preludio.

El cartógrafo asintió sin palabras, su cuerpo pedía tregua. La cordura de ellos se iba disipando.

De pronto, en un claro entre los árboles, apareció una figura encorvada. Era un hombre de avanzada edad, vestido con ropas simples, gastadas pero limpias, y un sombrero de ala ancha cubría parcialmente su rostro. En una mano llevaba un cayado de madera rústica, y en la otra, un canasto con verduras y hierbas frescas.

Sus ojos, vivos y curiosos, se clavaron en ellos. No hubo sorpresa, solo un reconocimiento silencioso, como si aguardara por aquellos dos desde hacía tiempo.

—Malheridos —dijo con voz ronca, pero amable—. ¿Quién os ha dejado vagar por estos bosques con tales heridas y sombra en el alma?

El cartógrafo intentó hablar, pero solo salió un jadeo. Malak se adelantó y respondió:

—Hemos escapado de Athínas, la ciudad olvidada. Las pesadillas andan sueltas allí. No hay lugar para hombres ni para rezos.

El hombre asintió, como comprendiendo sin juzgar.

—Oldtrich no es lugar para fantasmas, pero para los vivos hay cobijo. Venid conmigo.

Con un movimiento lento, pero seguro, el viejo les ayudó a ponerse de pie y comenzó a guiarlos por un sendero oculto entre la maleza. El bosque parecía abrirse a su paso, como si respetara su andar, pero también vigilara.

—Oldtrich es un reino de piedra y honor —continuó el hombre—, una ciudad que se alza orgullosa entre colinas y ríos. Sus muros son altos, sus calles, un laberinto de comercio y leyendas. Caballeros en armadura recorren sus plazas, y nobles se reúnen en salones donde las velas nunca se apagan.

Malak miró al hombre, sintiendo que su relato era más que palabras: era una promesa de refugio, pero también un aviso.

—La oscuridad que dejamos no se detiene —dijo con voz baja—. No es solo Athínas la que está corrompida, sino los rincones que la rodean. Aquí también hay sombras, aunque distintas.

Diantus sintió un escalofrío recorrer su espalda, y aunque la niebla comenzaba a disiparse con la llegada del crepúsculo, la sensación de que algo los seguía persistía.

El hombre, que ahora se había presentado simplemente como 'Benedikt', les ayudó a cruzar un arroyo y los condujo hacia una senda pavimentada que descendía hacia las luces distantes de Oldtrich.

—Aquí, al menos, encontraréis descanso —dijo Benedikt—. Pero recordad: la verdadera batalla no es solo contra los monstruos que pueden tocarse, sino contra las sombras que anidan en el alma.

Malak y el cartógrafo se miraron, cansados y dolidos, sabiendo que el camino no terminaría en Oldtrich, sino que sería solo un paso más en una historia donde la fe y la oscuridad se enfrentaban sin tregua.

Al llegar a la muralla gigante, el brillo de las antorchas y el bullicio de la ciudad les llenó de una mezcla extraña de esperanza y temor.

Habían escapado de Athínas, sí.

Pero la noche estaba lejos de terminar.

Las murallas de Oldtrich se alzaban como un canto de mármol al orgullo de los hombres: altas, puras, incorruptas a simple vista. Las puertas de roble labrado se abrieron al atardecer para recibir a Benedikt, Diantus medio consciente y al hombre de mirada pesada, cubierto con un manto de lino oscuro. Nadie preguntó demasiado; a veces, los comerciantes de hierbas traían consigo más de lo que parecía. El viejo dijo que traía un peregrino herido y un escribano exhausto de los caminos del sur.

Malak no pronunció su nombre. En Oldtrich, las palabras se vendían caro, y los nombres aún más.

Los curanderos del templo de la Rosa Áurea los recibieron con cierto recelo, curando las heridas visibles pero dejando sin tocar las marcas que, según dijeron, "no pertenecen a este plano". El cartógrafo, aún febril, murmuraba en sueños sobre ojos en la piedra y plegarias sin boca. Malak veló por él en silencio, observando la ciudad desde las ventanas de las habitaciones altas: caballeros que saludaban con elegancia, nobles que discutían sobre herencias, mendigos bien vestidos que sabían cuándo callar.

Pero nada era real. Oldtrich brillaba con la luz de una vela perfumada, ocultando el humo negro en su base. Y Malak —que alguna vez fue llamado Valdor Bellegarde— lo sabía bien.

Décadas atrás, cuando aún buscaba respuestas y no cicatrices, fue parte del círculo dorado del Alto Capellán Elzebrecht, el "Sabio Luminoso". Un joven prometedor, inquisitivo, arrogante, apodado Valdor por su linaje roto. Fue en esta ciudad donde había pronunciado votos, investigado textos prohibidos, y finalmente, donde había abierto la primera grieta de lo impuro bajo las criptas del norte. Fue aquí donde comenzó su caída.

Por eso no podía quedarse.

Dos días después de su llegada, Malak abandonó el templo en silencio. No dejó notas. Tomó al cartógrafo, ya despierto, y se refugió en el lugar más ruidoso y olvidable que pudo encontrar: la Taberna Chisquina, bastión de borrachos, prostitutas, juglares y hombres sin patria.

—Nadie busca a los muertos entre los sepultureros —le dijo al cartógrafo mientras sorbía una cerveza tibia.

Pero alguien habló.

Tal vez un rostro que lo reconoció. Tal vez una carta interceptada. Tal vez el rumor de que alguien sabía demasiado sobre los ecos de Athínas. Poco importaba. El nombre olvidado volvió a ser pronunciado en los salones del consejo real: Valdor Bellegarde. Hereje. Huidizo. Vivo.

Y así comenzó la cacería.

La taberna Chisquina hervía de calor, olores y canciones mal afinadas. Los pétalos esparcidos apenas mitigaban el hedor a fermento y sudor, pero ayudaban a mantener la

ilusión de que todo allí era parte de la vida. Juglares tocaban cuerdas rotas, mozas reían sin alegría, y en la barra se hablaban verdades que en las cortes se callaban.

—...¡al carajo con todo! Que la Blanca Madre nos salve... —bramaba un cliente, ahogando sus penas en cebada rancia.

Malak, con capucha baja y mirada ausente, parecía solo otro peregrino cansado. Diantus, más limpio pero aún con las marcas en la cara, bebía en silencio. La gente hablaba, las jarras chocaban.

Y entonces...

—¡En el nombre del rey! ¡La taberna queda clausurada! ¡Todos serán detenidos por la búsqueda de Valdor Bellegarde!

Los guardias irrumpieron como lobos con hambre de gloria. Algunos clientes saltaron por las ventanas, otros se arrodillaron. Las putas maldijeron entre dientes. El dueño protestó con vehemencia.

—¡No sé de qué me hablan! ¡Mi posada es legal!

—¡El consejo tiene pruebas! ¡Bellegarde estuvo aquí! ¡O aún está! —bramó el capitán de los guardias.

En ese instante, un joven mozo giró hacia la esquina donde Malak había estado.

Pero la silla estaba vacía.

Una ventana abierta. Y sobre la madera, apenas perceptible, una línea escrita con la sangre seca del cartógrafo:

"La fe sin carne es mentira. La mentira sin ojos aún ve."

Mientras que ellos hablan, Malak se escabulló por la barra logrando ingresar a una puerta trasera y pudiendo romper una ventana, para así escapar. Corrió por el callejón, cuando un grupo de guardias le vio, inmediatamente sin pensar se alejó muy sospechosamente y ellos le comenzaron a perseguir por las calles. Él solo quería perdernos, así que entró a una multitud que estaba en la plaza de comercio, empujó a las personas, tirando algunos puestos, logró dividir a los guardias y escapar de ellos, y tiempo después pasando desapercibido se dirigió a una casa abandonada.

Tras el anochecer, él tomó la decisión de irse del reino de Oldtrich para así dirigirse al reino de Farranda, donde él comenzaría de nuevo su vida, aprovechando que los dos reinos están en guerra y no hay tregua alguna entre ellos. En medio del caos, nadie se percató de lo que ocurrió con el cartógrafo, Diantus. Había escapado también, deslizándose entre el gentío cuando los guardias irrumpieron. Algunos dicen que huyó por los tejados, otros que se disolvió en la multitud. Nadie volvió a verlo aquella noche. Solo quedó su cuaderno de mapas y unas baladas, que más tarde fueron hallados por un mendigo en los muros

externos de la ciudad, con páginas arrancadas y otras cubiertas por manchas de sangre seca.

Tiempo después Malak fue al callejón Zhan, el cual tiene historia de ser muy peligroso, donde entre todos los locales raros y sospechosos él se dirigió a un mercader, este le vendió dos pasajes y papeles para la salida del reino y la entrada del otro. Así completada esta parte, él se dirige a la salida del reino, al llegar a ella se encuentra una larga fila en la cual ve a varios guardias inspeccionando y revisando los papeles de las personas. Pasa un largo tiempo hasta que le toca.

- Siguiente... Papeles, documentos y motivo de la salida del reino - Pide el Jefe del Control

- Ten... , salgo del reino para la búsqueda y compra de ganado para mis establos del norte - Respondió

- mmm... ¿Cuál es su nombre? - Dijo el Jefe de control agarrando los papeles poniendo una cara de sospecha

-Con mucho gusto, Gerbell Prich - Respondió Malak respetando los papeles falsos

- Está bien, usted está autorizado para salir del reino y regresar - Dijo el Jefe de control Completando y Sellando los documentos y papeles.

Al salir del reino, compró y alistó un caballo para comenzar su viaje hacia Farranda.

- Naciste... junto conmigo... crecimos del mismo... modo, no sé si estamos... ¿de acuerdo? y me acompañas en... todo. Muchas veces te agrandas... queriendo sobrepasarme, más luego te quedas chica, como... para... nunca dejarme. No creo que tengas alma, aunque estés siempre... conmigo, tampoco sé... de tu... ¿sexo?... si sos amiga o amigo. Pero si te ven al lado mío... ¿por qué nadie te nombra?, capaz que no lo hacen, porque eres... "mi propia sombra" - entonó suavemente mientras recorría los caminos de las montañas.

Su panza hizo un ruido

- Mierda... tendré que parar en un pueblo -

Al galope del caballo llegó a una granja, hasta que de pronto se escuchó.

- ¡AYUDA!... ¡POR FAVOR AYÚDENME! - Chilló una joven

Acudió en silencio al llamado. Mientras más se acercaba, se hacía más presente el aroma amargo y espeso a sangre en el aire, cuando llegó y abrió la puerta, cubierta de rojo, dio el primer paso y escuchó el rugir de una bestia. Temblando de miedo, dudando, mientras que su mente decía que no, su cuerpo siguió avanzando.

- ¿Dónde estás? - Susurró

La oscuridad abundaba dentro del hogar, casi a ciegas llegó a lo que quedaba de una mesa donde se encontraba una lámpara gastada, al encenderla pudo notar como la casa estaba destrozada y con sangre esparcida por el suelo, entonces con cautela siguió el rastro de sangre.

- ¿Tal vez estará subiendo esta escalera? - supuso en voz baja

- ¡AHHHHH! - gritaron en la planta superior

Inmediatamente se escucharon pisadas fuertes que venían de la escalera, malak apagó la lámpara y se escondió en las sombras, viendo cómo una bestia, apestosa, gigante, de garras afiladas y postura humanoide se fue hacia otra habitación. Tenía unos ojos amarillos y rasgados para afuera, una piel arrugada y escamosa.

Entonces juntó valor y subió las escaleras y al llegar arriba, se encontró con una pila de cadáveres, pero no sólo eso, ahí escondida se encontraba una joven, sin duda alguna dedujo que una vez que gritó, se ocultó para que la bestia no la encuentre, él dudó acercarse, quería irse, pero al final le ganó el valor.

- No tienes de qué preocuparte, ¡vámonos! - susurró apurado

- Están muertos, no...no... ¿por qué?

La joven sólo repetía esas palabras, estaba impactada por lo sucedido. Al mirarla más de cerca, entre la suciedad pudo ver, un ser tan lindo, tan divino, tenía algo en especial, era hermosa. De pronto se escucharon las maderas de las escaleras rechinando, eran las pisadas de aquél monstruo, se escondieron los dos juntos. La bestia se comenzó a comer a los familiares de la joven, Malak le tapó los ojos, para que no sufra más. Siendo así que esperando se durmieron.

- ¡PUM! - se escuchó un golpe el cuál despertó a los dos

El sol había salido, se escabulleron juntos entre los restos de los cadáveres, en silencio bajaron las escaleras, paso por paso, hasta que escucharon un fuerte respiro, la bestia caminó enfrente de ellos hasta que un rayo de luz impactó en su cuerpo, provocando una leve herida de fuego, hasta que de pronto una madera chilló, la bestia se dio vuelta, de sus ojos se veía un color rojo, un color atemorizante y él corrió y sobre ellos se tiró, como pudieron lo esquivaron y saltaron juntos, rompiendo la puerta, a fuera de la casa, la bestia comenzó a arder, la luz le impactó de repente, largando un fuerte rugido de dolor, y siendo consumido hasta volverse cenizas.

- ¡Vámonos! - Dijo él, tomándole de la mano a la joven

- ¡sí! - contestó en lágrimas corriendo

Al llegar al caballo los dos escaparon aprovechando el sol para huir de esa pesadilla.

Hablaron de lo sucedido y cómo es que ella se sentía hasta que llegaron a un lago y el joven se bajó

- Bájate y límpiate, yo estaré haciéndolo aquí cerca - le dijo a la joven

- Esta... Bien... - murmuró la joven

Un tiempo después, mientras que el chico se limpiaba, la chica apareció, admirando las cicatrices tempranas de su cuerpo y él se percató.

- ¿Qué sucede? ¿Te pasó algo?

- Nada, nada, perdón, solo quería hablar contigo - dijo tímida y avergonzada

El se vistió y en seguida le dijo

- Escucho.

- Quería agradecerte... por salvarme y no dejarme atrás.... Gr..gracias - mientras que ella hablaba él comenzó a pescar

- De nada, nunca dejaría a una mujer al merced de tal destino - contestó recordando que casi la abandonaba, la chica se sonrojó y luego se hizo el silencio

- Y... ¿Quién eres? - preguntó la chica

- Perdón por mi descortesía, soy... em... Malak, un simple pastor - contestó como si nada, pensando que era peligroso decirle la verdad.

- Malak... es un gusto yo me llamo Lucía, Lucía de Lanch - le respondió sonriendo

- Bueno Luchia , Haz el fuego, yo voy a cazar.

- ¡Es Lucía!... pero... está bien.

Se sentaron junto al fuego, uno cerca del otro, al par de la oscuridad del anochecer.

- Entonces Lucía, ¿Cuál es tu historia?

- Mi familia y yo vinimos de Farranda, pero por la guerra, la política, el reino tuvo que recortar puestos, subir los impuestos y mi familia por mas nobleza que tenía, fuimos afectados y el negocio de mi padre, que manejaba un establo de los mejores caballos de carrera, fue embargado, paso a paso por el banco, ya que la gente cada vez menos podía participar, y eso significaba que no tenía ingresos y no podía hacer nada más que vender, cuando vendió todo lo que pudo, ya no teníamos más, y ahora le debíamos al banco por los impuestos, así que pagamos con nuestra casa y con lo poco que teníamos nos fuimos a vivir

en el campo, fuera del reino, fuera de la política y... ahora que me doy cuenta... fuera de la muralla...

- No... te equivocas, en un lugar así, aunque te hayas quedado en el reino, no tendrías seguridad, ya que siempre habrá esclavos que pierdan, mientras que haya líderes que ganen. Sé que has sufrido mucho y que nada que diga cambiará lo sucedido, pero confía que cuando te digo que el pasar de los días, si solo te lo propones a vivir una vida justa y no una de cualquiera, podrás formar tu nueva familia con alguien. Ya que, eres de buen semblante y de casta noble y esa nobleza quedará en tu orgullo.

Entre charla y comida, se conocieron cada vez más, ella al ser comprendida y ayudada se le acercó y él la frenó de golpe, tomándola de los hombros, y le miró fijamente a los ojos, y luego deslizó sus manos hacia las de ellas y se le juntaron, entrelazando sus sentimientos, dulcemente se besaron y lentamente se fueron sacando cada prenda, hasta terminar en cuero al viento, por amor o estrés, lo hicieron hasta el agotamiento.

Cuando ella se despertó, no veía a aquél hombre. Le dejó el caballo, la comida y la ropa toda limpia, y encima de ella una carta donde él plasmó un consejo.

Caminando por las montañas de Grafton, admirando los hermosos montes verdes y rodeado por árboles y animales de todo tipo viviendo a lo largo de éste. Malak cansado y hambriento, seguía cantando entre los árboles de roble y dirigiéndose bajo la sombra de éstos al reino de Farranda. Pero al ir a pie, él sabía que tardaría mucho más de lo que quería, así que sin duda alguna decidió parar en el primer pueblo que vea. Siendo así que al medio día escuchó un fuerte chillido desde bastante lejos. Un chillido que indicaba que algo o alguien sufría. Era posible que sea un caballo que tal vez esté o no exactamente asustado, pero sabía que de seguro que no era nada bueno lo que allí estaba pasando. Entonces se metió entre los arbustos, saliendo del camino, cubriéndose por completo y así se acercó con cautela a la zona de donde provenían los sonidos, y cuanto más se acercaba a aquél lugar una niebla tensa dominaba la zona, y al acercarse lo suficientemente logró ver entre la niebla una carroza destrozada con cuerpos y sangre esparcidos alrededor. Atrás de la carroza pudo ver a un caballo atado y luchando para alejarse de aquella catástrofe, así sin meditar tanto decidió ir a liberar al pobre animal.

Hasta que de pronto de los restos emergieron tres monstruos, cubiertos por una piel de escamas viscosas, seres cuadrúpedos con forma antropomorfa, sus cabezas eran grandes y sus bocas se abrían en cuatro, sus ojos eran profundos y de dos pupilas con un color negro y bordó.

Aquellas bestias se acercaban al caballo y éste cojeaba, elevaba sus patas delanteras, moviéndolas de tal manera para que aquellos seres se alejen de él.

Las dudas le presionaban, hasta que en la mano de un cadáver pudo enfocar una daga, y con valor se lanzó a agarrarla saliendo de su escondite, se dieron vuelta, el agarro la daga, la primera monstruosidad corrió y saltó encima de él de puro instinto puso su arma en su pecho y usó la fuerza bruta de la bestia en su contra y cuando aterrizó encima de él, le

abrió en dos el vientre, el siguiente fuertemente le rugió y se lanzó a atacar. Pero sus ojos se volvieron blancos como las nubes cuando sus entrañas saltaron en espiral hacia el viento, y todo, la bestia, lo vio mientras su cabeza caía del cielo. Con unas caricias más de la daga se abalanzó sobre la última criatura, cortándole una de sus extremidades, dejándola aturdida, corrió atrás de ella y por debajo se deslizó sacándole los órganos y cortándole el gaznate. Con su arma el viajero esparció horror alrededor, el silencio se hizo presente, el aura del ambiente cambió, ni el silbido de las aves se escuchaban, el cantar del viento cesó y los árboles ya no bailaban, buscó las estrellas y unas nubes negras gobernaban, una fuerte tormenta cayó, cubriéndolo todo de un espantoso olor.

Se acercó al caballo, y apoyó su mano en su cuerpo, tranquilizando y mirando si estaba herido, el animal. Estaba intacto, así que se llevó lo que encontró en los restos, unas pocas monedas y algunas joyas. Montó al caballo, y partió de esa matanza, alejándose de sus ideas, escapando del lugar.

Al galope llegó a un pueblo pequeño, se bajó y se preguntaba porque los pueblerinos le miraban raro. Caminando junto a su amigo, escuchaba atentamente los lamentos, tristezas de los habitantes, todo a causa de los jóvenes que partieron a luchar en la guerra, y entre dramas se dirigió e ingresó a la Taberna Ciervo Blanco. Los músicos bajaron sus instrumentos, dejaron de cantar, las personas, caballeros, enanos y damas dejaron de hablar, en sus miradas se veía oscuridad, el ambiente de felicidad se fue en un instante, y él se acercó, como si no pasara nada, a la barra y miró a el Tabernero.

- No sé quién eres y me importa una mierda, no queremos a extranjeros aquí - Dijo el Tabernero con una mirada amenazante

- Qué fastidio - dijo Malak con una mirada neutra - medítelo con calma, soy un humilde vagabundo, sólo estoy de paso, me iré después de la tormenta - Malak respondió

- Así que... con que un turista, he de pensar que algo vas a aportar, monedas o algo para entretenernos - exclamó con una sonrisa pícaro

Malak ante haber sido extorsionado, arrojó una bolsa de bolsillo pesada y llena.

El tabernero pensando que era un monedero repleto lo abrió; Y tal fue su sorpresa al ver dedos arrancados de Arpías. El frío recorrió su cuerpo, la mirada de ese forastero que él había amenazado, le transmitía un silencio de peligro.

- Soy un extraño para ustedes, no lo pongo en duda, es evidente, pero no vengo a dar problemas y menos hacerme odiar, solo quiero pasar la tormenta refugiado - Malak exclamó

- Las habitaciones cuestan 100 por noche, un baño 70 y diversión 150... - Respondió tartamudeando

- Gracias, - le pagó al Tabernero 170

- ¡Bueno bueno, ¿Qué esperan? Sigán con la música! - Gritó el tabernero cortando el clima tenso.

Malak reposó esperando en el baño, sacó su armamento, sus vestiduras y su biblia.

Llamaron a la puerta, tres golpes esperando respuesta, él dió permiso. Una joven mujer de pelo ceniciento, largo y rojizo, camisón blanco de algodón, chaleco verde oscuro y falda larga de color como el roble, y cara inolvidable.

La puerta se cerró con suavidad detrás de ella, sin apuro, sin pedir permiso, como si el gesto le perteneciera tanto como el aire mismo de la habitación. Malak no se giró de inmediato; terminó de limpiar la hoja de su arma con un trozo de tela húmeda, concentrado en cada movimiento, como si aquella presencia no alterara en absoluto el peso del momento. Sin embargo, sus ojos, apenas levantados, ya la habían medido.

—No pedí compañía —dijo al fin, sin dureza, pero sin dejar espacio.

La joven avanzó un par de pasos, observando con detenimiento cada rincón: la mesa, la cama, el agua aún tibia, la biblia abierta sobre la madera. Cerró la puerta con el pestillo y entonces respondió, con una calma que no era ingenua:

—No vine a ofrecerla. Vine a ver si eras real.

Malak alzó la vista. Esta vez sí la miró de frente, no como había mirado a Lucía, no con deseo ni con curiosidad, sino como quien examina una herida... o una amenaza.

—Entonces ya viste suficiente.

Ella negó suavemente, esbozando una sonrisa leve, casi provocadora.

—No. Afuera dicen muchas cosas: que trajiste tormenta, que los músicos dejaron de tocar por vos, que el tabernero tembló como un niño... pero yo no creo en rumores. Prefiero comprobar.

Se acercó un poco más, lo suficiente para que la luz de la vela dibujara mejor sus rasgos. No era solo belleza lo que había en ella; había tensión, una grieta apenas visible en la mirada, algo que no encajaba con el resto del pueblo.

Malak cerró la biblia con un sonido seco.

—¿Y qué quieres comprobar?

La joven inclinó la cabeza, como si buscara una fisura en su rostro.

—Si sos un hombre... o algo que se semejansa.

El silencio que siguió no fue vacío, sino denso, cargado de una presencia invisible que parecía escuchar entre las paredes. Afuera, la lluvia comenzaba a golpear con más fuerza, marcando un ritmo irregular sobre el techo.

Malak se levantó despacio, sin violencia, pero con un peso en cada movimiento que hacía parecer pequeña la habitación. Se detuvo frente a ella, lo suficientemente cerca como para que cualquier gesto fuese definitivo.

—¿Y en qué cambiaría eso?

Ella no retrocedió.

—Todo.

Durante un instante, ninguno de los dos habló. El aire se volvió espeso, casi inmóvil, como si algo más se hubiera detenido a observarlos. Entonces ella extendió la mano, pero no para tocarlo, sino para señalar su pecho.

—Eso no late como el de los demás —susurró—. Lo sentí cuando entraste. No sos como ellos.

Malak entrecerró apenas los ojos.

—Vos tampoco.

La sonrisa de la mujer se desvaneció, y por primera vez su seguridad vaciló, apenas un segundo, pero suficiente para delatarla.

—¿Cómo te llamás? —preguntó él.

Ella dudó, como si elegir un nombre implicara más de lo que parecía.

—Eira.

Malak asintió levemente.

—No es tu nombre.

—No —admitió—, pero es el que uso cuando quiero sentirme viva.

La lluvia se intensificó, y un trueno sacudió la estructura de la taberna. Pero no fue ese sonido lo que hizo girar la cabeza de Malak hacia la ventana. Fue otra cosa, algo más profundo, más cercano. Sus ojos se fijaron en la oscuridad exterior con una atención absoluta.

Eira lo notó.

—¿Qué pasa?

Él tardó un instante en responder.

—Me encontraron.

El pulso de la mujer se tensó.

—¿Quiénes?

Malak se acercó a la ventana y apoyó apenas dos dedos en el marco, haciendo crujir la madera con un sonido leve pero incómodo.

—No son del reino.

Entonces llegó el grito. No desde el cielo, sino desde la calle. Uno solo, corto, desgarrado. Luego otro. Y después, nada. Un silencio que no pertenecía a los vivos.

Eira retrocedió un paso, con el miedo filtrándose por primera vez sin disfraz.

—Eso no es normal...

Malak tomó su arma con naturalidad.

—Nada lo es, desde que yo llegué.

Se giró hacia ella por última vez, con una calma que no tranquilizaba.

—Si querés vivir, no bajes.

—¿Y vos?

Él ajustó su capa.

—Yo ya bajé hace mucho.

Abrió la puerta y salió al pasillo. Estaba vacío, pero no quieto; había algo abajo, algo que no respiraba, pero esperaba. La madera vibró bajo sus pies, primero un golpe, luego otro, como si algo estuviera subiendo desde la oscuridad.

Malak esbozó una leve sonrisa, no de alegría, sino de reconocimiento.

—Pensé que tardarían más...

Y comenzó a descender, lento, sin apuro, como quien ya conoce el final y aún así decide caminar hacia él.

Malak apoyó el pie en el primer escalón y la madera no crujió, gimió, como si bajo la suela no hubiese roble sino costillas viejas acomodándose con resignación; el aire que subía desde abajo no era aire, era aliento retenido, húmedo, cargado de hierro y ese dulzor indecente de la carne que ya se entregó pero todavía insiste en quedarse, y mientras descendía —sin prisa, sin duda— la taberna dejaba de ser refugio para volverse boca, una boca abierta que ya había tragado y esperaba el siguiente bocado con paciencia de animal grande. No había gritos, no había pelea, no había siquiera el eco de lo que debió ser un caos; todo estaba en su lugar con una prolijidad insultante, como una mesa puesta para invitados que ya fueron devorados, y en esa quietud obscena lo único que se movía no estaba delante... sino detrás.

No giró. Nunca lo hacía cuando algo quería ser visto.

Fue en el reflejo curvo de una jarra donde apareció la primera distorsión: una silueta más alta de lo posible, estirada como una sombra mal colgada, y luego otra, y otra más, despegándose de las paredes con la delicadeza con la que la piel se separa cuando ya no pertenece al cuerpo. Entonces la campana sonó, pero no desde torre ni techo, sino desde adentro de algo, un golpe hueco que no viajaba por el aire sino por los huesos, como si alguien hubiese tocado una fibra antigua dentro del pecho del mundo, y con ese sonido nacieron del todo.

No caminaban, se afirmaban.

Figuras largas, grotescamente vestidas con restos de hábitos que no cubrían sino que cosían la carne, telas clavadas con hierro oxidado que atravesaba músculo y hueso, máscaras incrustadas a martillazos en lo que alguna vez fueron rostros, y de las ranuras donde deberían existir ojos no salía mirada sino vapor, una exhalación tibia, constante, como la de un animal que duerme... o de algo que fermenta. Uno arrastraba su propia columna como si fuese un rosario de huesos del que pendía una campana, y cada mínimo gesto hacía vibrar ese instrumento obscuro, marcando un compás irregular, una liturgia torcida; otro había entregado sus brazos para convertirse en herramienta, ruedas dentadas encajadas en carne viva que giraban con hambre, masticándose a sí mismas en cada vuelta como si la destrucción fuese la única forma de recordar que aún estaban ahí; el tercero no tenía piernas, estaba cosido a un bloque de piedra que arrastraba con dedos desollados, y bajo la máscara rota no había cara sino un nido, un enjambre de ojos húmedos apretados unos contra otros, parpadeando sin acuerdo, mirándolo todo con la desesperación de quien ya no puede cerrar.

Malak bajó el último escalón y el suelo respondió con un latido, lento, profundo, como si algo enorme hubiese girado apenas bajo la estructura.

—Siempre tan devotos —murmuró, y en su voz no había desafío sino cansancio—, castigando sin entender a quién.

La campana vibró y el sonido se convirtió en palabra sin pasar por la boca.

CULPA.

No se oyó, se clavó. Como una espina que ya estaba esperando bajo la piel.

Malak ladeó apenas la cabeza, y una sonrisa fina le cruzó el rostro, no por diversión sino por reconocimiento, como quien ve a un viejo enemigo repetir el mismo truco gastado.

—Llegaron tarde para eso.

El movimiento fue inmediato, pero no rápido: fue inevitable. El de la campana no cruzó la distancia, la anuló, apareció delante de él como si el espacio hubiese decidido rendirse, y el golpe no buscó carne sino estructura, romper pensamiento, desarmar la idea misma de estar de pie; el sonido estalló dentro del cráneo de Malak como un martillo envuelto en rezos podridos, haciéndole sangrar el oído con una delicadeza casi quirúrgica, pero él ya

estaba girando, apenas lo suficiente, lo justo para que el impacto rozara en lugar de poseer.

—Mejoraron —escupió, saboreando la sangre como quien prueba un vino viejo.

El segundo no esperó. Las ruedas giraron con un chillido obscuro, arrancando tiras de sí mismo que caían al suelo como ofrendas inútiles, y se lanzó con esa torpeza brutal de lo que no necesita elegancia porque sabe que el contacto basta; Malak retrocedió midiendo, no la fuerza sino el ritmo, porque ahí estaba el secreto, no atacaban como bestias, atacaban como plegaria, cada gesto encajado en un orden invisible, una misa sin dios que se repetía aunque el mundo ya no la quisiera.

Y entonces rompió el compás.

El golpe pasó donde él ya no estaba, las ruedas chocaron entre sí y se devoraron un poco más, un chirrido agudo, casi indignado, escapó de la criatura como si hubiese cometido un error imperdonable, y en ese instante breve —ese hueco diminuto donde la fe falla— Malak entró. Su arma no cortó carne, cortó intención; el filo encontró aquello que sostenía la forma, y al hacerlo el verdugo no sangró... se desarmó, como una idea que deja de tener sentido a mitad de una frase.

El tercero gritó, pero no con garganta, gritó con todos sus ojos a la vez, y ese sonido fue un enjambre que trepó por la piel, metiéndose por debajo como insectos que buscan hogar en lo tibio. Se lanzó arrastrándose, la piedra raspando, los dedos abriendo surcos como si la madera fuese barro fresco, y esta vez sí alcanzó, una mano húmeda, llena de mirada, tocó a Malak en el costado... y no le arrancó piel.

Le arrancó un recuerdo.

Por un instante no hubo taberna, ni lluvia, ni monstruos, solo una grieta, una voz, un juramento que se dijo demasiado cerca de algo que escuchaba demasiado bien; el aire de otro tiempo le llenó los pulmones, el peso de un nombre viejo quiso volver a encajarle en la espalda como una armadura que ya no le pertenecía, y esa fue la verdadera herida, más limpia que cualquier corte.

Malak apretó los dientes.

Y eligió quedarse.

Volvió como se vuelve de una caída larga, con violencia, con decisión, clavando el arma directamente en ese nido de ojos; no hubo sangre, hubo una liberación, un estallido seco como romper un martillo contra una forja vieja, y los ojos comenzaron a reventar uno a uno, cada uno liberando una sombra breve que se deshacía antes de tocar el suelo, como si ni siquiera el mundo los aceptara ya. El cuerpo tembló, dudó, y finalmente cedió, no muerto... sino olvidado.

El silencio regresó, pero no era el mismo; este escuchaba.

Malak quedó quieto un momento, respirando lento, sintiendo la sangre descenderle por el cuello, caliente, honesta, y se limpió con el dorso de la mano con una naturalidad casi doméstica, como si aquello no hubiese sido más que una tarea pendiente.

—Tres... —dijo en voz baja—. Demasiado poco para una bienvenida.

Entonces levantó la vista.

La puerta estaba abierta, la lluvia caía... hacia arriba, hilando el cielo con la tierra como si algo los estuviese cosiendo al revés, y el aire tenía ese peso previo a lo inevitable, ese instante en que todo entiende que ya no puede fingir normalidad. La madera del techo comenzó a crujir, no por pasos sino por crecimiento, como si algo estuviese empujando desde adentro, reclamando espacio, naciendo donde no debía.

Y ahí, recién ahí, la expresión de Malak cambió.

No fue miedo.

Fue memoria.

—Claro... —susurró, casi con una mueca que no llegó a ser sonrisa—. Vos no mandás mensajeros.

Arriba, algo respiró.

Y esta vez... no estaba solo.

Arriba, algo respiró, no como bestia ni como hombre, sino como respira una herida abierta cuando la tocan; la madera del techo dejó de crujir por peso y comenzó a hacerlo por tensión, como si algo la estirara desde dentro, y entre las juntas empezó a filtrarse una sustancia negra, espesa, no líquida sino densa como tinta vieja, que caía en hilos lentos y al tocar el suelo no salpicaba, lo infectaba desde adentro. Malak no corrió ni pronunció el nombre de Eira, pero su cuerpo ya se había girado antes de que su mente terminara de entender, y la escalera lo recibió como un descenso invertido: el primer escalón tibio, el segundo húmedo, el tercero blando, como si la madera recordara demasiado tarde que alguna vez fue carne. Subió, y cada paso fue menos sonido y más intrusión; las paredes respiraban, apenas, un pulso mínimo y constante, como pulmones mal escondidos, y al llegar al pasillo la puerta estaba abierta, no rota, abierta, como una boca esperando.

La vela seguía encendida y, sin embargo, la llama no se movía. Dentro, el aire era distinto, más íntimo, como si el mundo hubiese sido cerrado desde afuera para que algo pudiera nacer sin interrupciones. Eira estaba en el centro de la habitación, de espaldas, inmóvil, con el cabello cayendo demasiado recto, sin obedecer al peso sino a otra ley, y sus dedos temblaban apenas, no de miedo sino de tensión, como si algo dentro de ella contara segundos.

—Eira —dijo Malak.

Ella no respondió, pero habló igual, y la voz no le pertenecía, era más profunda, más ancha, como si viniera desde una sala mucho más grande que su cuerpo: —Siempre dejás que suban primero.

Malak avanzó un paso, la sustancia negra bajo sus botas se apartaba, no por respeto sino por reconocimiento, y cuando ella comenzó a girar lo hizo tarde, mal, en partes, como si su cuerpo tuviera que recordar cómo ser cuerpo: primero el cuello, luego los hombros, después el torso, finalmente las piernas, y cuando su rostro lo enfrentó, los ojos ya no eran suyos; blancos, sí, pero no vacíos, porque dentro de esa blancura caminaban sombras diminutas, repitiéndose, chocando, como recuerdos que no encuentran salida.

—Soltala —dijo él.

La boca de Eira se abrió demasiado, estirándose sin romperse, y desde dentro no salió sangre sino esa misma negrura que caía del techo, como si la grieta no estuviera arriba sino en ella, y entonces el techo no cayó, se abrió, las vigas separándose como costillas obligadas a confesar, y desde esa herida descendió algo que no tenía forma fija pero sí intención: una masa suspendida atravesada por columnas vertebrales que colgaban como rosarios invertidos, cada una rematada en máscaras lisas, sin rostro, sin ojos, y sin embargo atentas; de esa estructura nacían brazos largos, imposibles, articulados al revés, que se movían con una delicadeza obscena, como manos de cirujano sobre un cuerpo que todavía respira.

Uno de esos brazos descendió y tocó a Eira con una suavidad que no era cuidado sino pertenencia, y su cuerpo se arqueó hacia atrás en un ángulo que no debía existir, la columna marcándose bajo la piel como si quisiera aprender a salir, y el sonido que escapó de su garganta no fue de dolor sino de revelación, como si algo dentro de ella finalmente hubiese entendido su función. Malak avanzó entonces, sin apuro pero sin duda, y el primer brazo que intentó interceptarlo fue cortado en un gesto limpio, sin sangre, disolviéndose en humo espeso que no subía ni bajaba, quedándose suspendido como una idea a medio formar; otro brazo descendió buscando su cuello y él giró bajo él, sintiendo el frío pegajoso rozarle la piel como agua estancada que recuerda nombres.

—No la necesitás —dijo, clavando su arma en una de las columnas que sostenían esa carne imposible—. Vení por mí.

Todas las máscaras giraron al mismo tiempo, y aunque no tenían ojos, miraron, y Eira cayó, su cuerpo soltado como un objeto que ya cumplió su propósito, pero no quedó quieta, se arrastró hacia él, clavando los dedos en su pierna con una urgencia que no era humana.

—No... no dejes que me abra... —susurró, y por un instante fue ella.

El brazo principal descendió entonces sin delicadeza, perdiendo toda sutileza, buscando envolverlos, plegarlos, integrarlos en esa estructura que parecía tejer algo con la realidad misma, y Malak no esquivó, sostuvo el impacto, el suelo cediendo bajo sus pies, la madera explotando en astillas, la negrura salpicando como una bendición enferma, y durante ese segundo el mundo quedó suspendido entre lo que cae y lo que resiste. Sus manos no temblaron, sus huesos tampoco; los que crujieron fueron los del monstruo.

—No sos dios... sos eco —murmuró, y empujó, no con fuerza sino con voluntad.

La fractura fue seca, cercana al origen, y recorrió la criatura como un relámpago invertido; las máscaras chocaron entre sí produciendo un sonido fino, insoportable, como porcelana triturándose dentro del cráneo, y el techo comenzó a cerrarse, no por derrota sino por retirada, la masa replegándose, llevándose consigo la oscuridad adherida al aire, hasta que una última columna descendió lo suficiente para dejar una máscara frente a él, lisa, vacía, expectante, y entonces, sin boca, susurró:

—Farranda.

Y desapareció.

El techo volvió a su forma, la lluvia recuperó su caída, y la habitación quedó abierta, herida, cubierta por restos que empezaban a evaporarse con un olor agrio, como carne olvidada en oración. Eira temblaba en el suelo, sus ojos recuperando lentamente su color, y Malak se agachó frente a ella.

—Respirá.

Ella lo miró, de verdad esta vez, como si volviera de muy lejos.

—¿Qué era eso?

Malak guardó silencio un instante, lo justo para que la pregunta pesara.

—No vino a matarnos —dijo al fin, y al ponerse de pie miró más allá del pueblo, hacia la oscuridad que ya no parecía lejana—. Vino a recordarme que no me fui lo suficientemente lejos.

Y por primera vez desde que había llegado, entendió que Farranda no era un lugar.

Era una cita.

Capítulo 2 – “La Corona de Espinas” –

*“Porque también Cristo padeció por nosotros,
dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas.”*

— 1 Pedro 2:21

La lluvia había cesado al amanecer, pero el pueblo seguía oliendo a humedad vieja y madera enferma. Las calles estaban vacías. Nadie hablaba de lo ocurrido en la taberna; en lugares así, el horror no se discutía, se enterraba rápido, antes de que el miedo aprendiera nombres.

Malak preparaba el caballo junto al establo trasero cuando escuchó pasos acercarse sobre el barro. No levantó la mirada. Ya sabía quién era.

—Te vas sin despedirte otra vez —dijo Eira.

La voz ya no temblaba como aquella noche. Había cansancio en ella, sí, pero también algo distinto. Decisión.

Malak ajustó las correas de la montura.

—Es más fácil así.

—¿Para quién?

No respondió.

Eira llevaba un abrigo oscuro demasiado grande para ella y una pequeña mochila de cuero gastado colgada al hombro. Sus ojos aún conservaban restos de agotamiento, pero habían perdido aquella fragilidad inicial. Había visto demasiado en una sola noche como para volver a ser la misma.

—No pienso quedarme acá —continuó—. Después de lo que pasó... aunque nadie lo diga, todos saben que algo cambió.

Malak acarició el cuello del caballo lentamente.

—Los pueblos siempre cambian después de sobrevivir.

—No. Los pueblos olvidan. La gente cambia.

Entonces la miró.

El viento movió algunos mechones rojizos sobre el rostro de Eira. Por primera vez desde que la había conocido, no parecía alguien esperando ser salvada. Parecía alguien que había entendido que ya nadie vendría a hacerlo.

—No sabes lo que soy —dijo Malak.

Ella soltó una sonrisa breve, cansada.

—Nadie lo sabe. Ni vos.

El silencio quedó entre ambos unos segundos.

Luego Eira se acercó al caballo y acomodó sus cosas sobre la montura, como si la conversación ya hubiese terminado.

—Voy con vos.

Malak observó el gesto sin intervenir.

—Puede que mueras.

—Acá también.

Otra vez el silencio.

Finalmente él suspiró apenas, una rendición mínima, casi invisible.

—Entonces no te alejes demasiado cuando oscurezca.

Eira sonrió por primera vez desde la taberna.

Y partieron.

El camino hacia el norte abandonaba lentamente los bosques húmedos y comenzaba a abrirse entre colinas cubiertas de neblina. Durante días viajaron sin apuro. El mundo parecía más tranquilo lejos de los pueblos pequeños; no menos peligroso, pero sí menos desesperado.

A veces hablaban.

A veces no.

Malak pasaba largos momentos en silencio, observando los caminos, los árboles, las aves negras posadas sobre cruces abandonadas al borde del sendero. Eira aprendió pronto que no era indiferencia: era costumbre. Había demasiadas cosas dentro de aquel hombre como para dejar espacio al ruido.

Una noche, junto al fuego, ella finalmente preguntó:

—¿Siempre fuiste así?

Malak levantó apenas la vista desde la biblia vieja que sostenía.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras esperando algo.

La leña crujió.

—Todos esperan algo.

—Vos no. Vos parecés recordar.

Aquella respuesta quedó suspendida entre las llamas.

Malak cerró lentamente el libro.

—Hace mucho tiempo creía que podía arreglar las cosas.

Eira lo observó en silencio.

—¿Y qué pasó?

Él tardó en responder.

—Conocí a los hombres.

Tres días después llegaron a Vhaldrim.

La ciudad emergía entre murallas grises y torres angostas atravesadas por humo de chimeneas y campanas lejanas. No era un reino importante ni una capital poderosa, pero comparada con los pueblos arruinados del camino parecía otro mundo.

Había mercados, niños corriendo, mercenarios ebrios, comerciantes discutiendo precios, predicadores anunciando el fin del mundo en cada esquina, muchos soldados.

Las insignias de la Iglesia del Fuego Eterno colgaban junto a los estandartes de la ciudad como si compartieran el mismo trono. Sacerdotes armados caminaban entre guardias civiles, y en más de una pared podían verse símbolos marcados con carbón negro: una llama.

Eira los señaló.

—Eso no estaba antes.

Malak los reconoció enseguida.

—El Fuego Eterno.

—¿Quiénes son realmente?

Él observó las marcas unos segundos.

—Hace años eran sacerdotes. Después empezaron a escuchar las cosas que la Iglesia actual no quiso oír.

—¿Y ahora?

—Ahora la Iglesia dice que nunca existieron.

Caminaron entre la multitud hasta una plaza central donde una gran estatua del Fuego Eterno dominaba el lugar. A sus pies, un sacerdote predicaba rodeado de ciudadanos cansados.

—¡Las criaturas son castigo! ¡El pecado abrió la puerta! ¡La obediencia será salvación!

El miedo ya estaba demasiado instalado solo obedecían sermones.

—La Iglesia domina en la ciudad —murmuró Eira.

—No —corrigió Malak—. No gobiernan la ciudad. Solo el miedo de quienes viven en ella.

Continuaron avanzando hasta una calle más estrecha, lejos del mercado. Allí, escondido entre edificios viejos y talleres de herrería, sobrevivía un pequeño monasterio de piedra Oscura, con un estandarte Bordó y fondo negro, en el centro una cruz del Templo de Salomón. Sus campanas sonaron suaves. distintas, no imponían solo llamaban.

Malak se detuvo.

Eira notó algo extraño en él por primera vez desde que lo conocía: duda.

No miedo, no tensión. Solo duda.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Él observó el monasterio como quien mira una tumba.

—Hace mucho que no venía acá.

Subieron los escalones lentamente.

Un viejo barría hojas secas cerca de la entrada. Fornido, cansado, vestido con hábitos sencillos color ceniza. Parecía demasiado extraño para pertenecer a un mundo como aquel.

Pero cuando levantó la vista y vio a Malak...

la escoba cayó de sus manos.

Durante unos segundos ninguno habló.

Entonces el anciano sonrió.

*No con sorpresa.
Con tristeza.*

—Valdor.

Eira giró hacia Malak inmediatamente.

Él no corrigió el nombre.

El viejo descendió los escalones despacio, observando como si temiera que desapareciera al acercarse demasiado.

—Pensé que habías muerto.

Malak bajó la mirada un instante.

—Yo también.

El anciano soltó una risa cansada antes de abrazarlo con fuerza.

Y por primera vez desde que Eira lo conocía... Malak no pareció un monstruo perseguido.

Solo un hombre cansado regresando a casa demasiado tarde.

El anciano sostuvo el rostro de Malak entre sus manos unos segundos más, como si necesitara comprobar que seguía siendo carne y no memoria. Sus dedos estaban ásperos, endurecidos por años de trabajo y frío, pero el gesto fue suave. Demasiado humano para un mundo como aquel.

—Sigues igual de flaco —murmuró el viejo con una sonrisa cansada—. La iglesia jamás logró enseñarte a comer como corresponde.

Malak dejó escapar una risa breve. Tan pequeña que Eira dudó haberla escuchado realmente.

—Y usted sigue vivo a pesar de todo, padre.

—A veces creo que es castigo.

El viejo volvió la mirada hacia Eira recién entonces. La observó con atención, pero sin sospecha. Había algo extraño en la forma en que miraba: como si hubiese aprendido hace mucho que las personas no son lo primero que muestran.

—¿Y ella?

Malak tardó apenas un instante en responder.

—Eira.

La joven inclinó apenas la cabeza.

—Mucho gusto.

El Padre sonrió levemente.

—Si viaja con él y todavía conserva los ojos cuerdos, entonces el gusto es mío, yo soy El padre Rufus Murly Gotto.

Eira soltó una pequeña risa incómoda. Malak simplemente suspiró.

El anciano los hizo pasar al monasterio.

Por dentro, el lugar era mucho más humilde de lo que Eira imaginaba. No había oro, ni vitrales enormes, ni imágenes del Fuego Eterno cubriendo las paredes como en las capillas de las ciudades. Solo piedra oscura, madera vieja y velas pequeñas iluminando corredores silenciosos.

Olía a incienso... y sopa.

Monjes vestidos con hábitos negros y bordó caminaban en calma entre los pasillos llevando libros, agua o cestas con pan. Algunos levantaban la vista al ver a Malak y se detenían apenas un segundo. No con miedo.

Con impresión.

Como si vieran regresar un fantasma.

Eira comenzó a comprender que aquel hombre no había sido un desconocido allí, había pertenecido a ese lugar.

Rufus abrió una puerta al final del corredor y los condujo hacia una habitación sencilla con una mesa de madera, una Chimenea encendida y estanterías repletas de libros desgastados.

—Siéntense —dijo—. Deben estar cansados.

Eira obedeció enseguida. Malak permaneció de pie unos segundos antes de finalmente quitarse el abrigo y apoyar lentamente su vieja biblia sobre la mesa.

Rufus la observó.

—Todavía la conservas.

—Todavía leo.

—Eso ya es más de lo que hacen muchos sacerdotes.

El anciano comenzó a servir sopa en pequeños cuencos de barro mientras afuera las campanas de la ciudad resonaban graves, mezclándose con el murmullo distante del mercado.

Durante unos momentos nadie habló.

Y aquello... se sintió extrañamente familiar.

Como una cena repetida demasiados años atrás.

Eira observó a Malak en silencio. Había algo distinto en él allí dentro. Sus hombros parecían menos tensos. Su mirada ya no recorría constantemente puertas y ventanas como esperando un ataque.

No parecía un hombre huyendo.

Parecía cansado.

Rufus tomó asiento frente a ellos.

—La ciudad empeoró desde la última vez que estuviste aquí.

Malak asintió apenas.

—Se nota.

—Los reinos están perdiendo rutas comerciales. Los pueblos desaparecen. Los soldados desertan. Y mientras tanto la Iglesia del Fuego Eterno sigue diciendo que todo es castigo divino.

Eira levantó la vista.

—¿Y no lo es?

El anciano sonrió con tristeza.

—Hija... cuando una madre pierde a sus hijos porque algo salió del bosque y los abrió frente a ella... eso no es justicia divina. Eso es horror. Y los hombres suelen llamar “voluntad de dios” a todo aquello que no pueden controlar.

Malak permaneció en silencio, escuchando.

Rufus continuó:

—La Iglesia necesita mantener el miedo organizado. Siempre fue así. Antes prometían salvación. Ahora prometen protección. Y la gente acepta cualquier cadena mientras alguien le asegure que sobrevivirá una noche más.

—¿Y las criaturas? —preguntó Eira—. ¿De dónde vienen?

La habitación quedó en silencio.

Rufus miró a Malak antes de responder.

—Hace años comenzaron las primeras apariciones cerca de templos antiguos... monasterios abandonados... lugares donde ciertas órdenes estudiaban cosas que la Iglesia prohibió.

—¿Hablas de Hechicería? —murmuró Eira.

El viejo asintió lentamente.

—No eran demonios ni herejes como dicen ahora. Muchos fueron hombres sabios. Sacerdotes. Filósofos. Algunos incluso santos para la antigua Iglesia. Pero empezaron a investigar algo... algo relacionado con las Voces, ciertas elegidas mujeres tenían la capacidad de conectar, de nombrar, de usar algo que se desconocía, aquellas fueron nombradas Brujas.

Malak bajó apenas la mirada.

Eira lo notó.

—¿Qué son las Brujas?

Rufus dudó.

—Hay lugares donde el mundo... se volvió delgado. Sitios donde ciertas plegarias parecen responderse solas. Algunos escucharon cosas allí. Otros en sueños. Otros durante rituales antiguos. Al principio creyeron que era divinidad.

—Pero no lo era —dijo Malak.

El anciano lo observó en silencio unos segundos.

—No.

El viento golpeó suavemente las ventanas.

Afuera, las campanas volvieron a sonar.

Más fuertes esta vez.

Eira comenzó lentamente a unir piezas.

La Iglesia.

Las criaturas.

Los símbolos.

Las Brujas.

Malak.

Todo parecía conectado por algo mucho más viejo que la guerra o los reinos.

—¿Y él? —preguntó finalmente, mirando a Rufus—. ¿Quién era realmente?

El anciano apoyó lentamente la cuchara sobre la mesa.

Por primera vez, Malak pareció incómodo.

Rufus sonrió apenas.

—Valdor Bellegarde fue el mejor alumno que tuvo este monasterio.

Eira abrió ligeramente los ojos.

—¿Él?

—Sí. Aunque le molestaría admitirlo.

Malak resopló cansado.

—Padre...

—Es verdad. Eras brillante. Terco. Demasiado curioso para obedecer y demasiado bueno para este mundo.

—Eso último nunca fue cierto.

—Claro que lo fue.

El viejo se inclinó hacia Eira.

—Cuando tenía dieciséis años se escapaba por las noches para llevar comida a los barrios pobres de Vhaldrim. La mitad de los mendigos de esta ciudad lo conocían antes de que supiera sostener una espada.

Malak negó lentamente con la cabeza.

—Eso fue hace mucho.

—También defendió a una mujer acusada de brujería frente a tres inquisidores del Fuego Eterno —continuó Rufus ignorándolo—. Casi lo expulsan por golpear a uno de ellos con un candelabro.

Eira soltó una pequeña risa sorprendida.

—Eso sí quiero creerlo.

Malak se cubrió parte del rostro con una mano.

—No hacía falta contar esa parte.

—Claro que sí —respondió Rufus sonriendo—. Ella merece conocer al hombre antes del monstruo.

El silencio cayó lentamente después de aquella frase.

Pesado.

Pero no hostil.

Malak observó las llamas de la chimenea sin hablar.

Finalmente murmuró:

—Ese hombre murió hace tiempo.

Rufus lo miró con una tristeza vieja.

—No. Solo aprendiste a odiarlo.

Afuera, en las calles de Vhaldrim, las campanas comenzaron a sonar otra vez.

Pero esta vez no llamaban a oración. Llamaban a reunión.

Rufus levantó lentamente la mirada hacia la ventana.

Las campanas seguían sonando sobre la ciudad con un ritmo pesado, insistente, casi militar. No era un llamado espiritual sino de convocatoria.

El viejo suspiró apenas.

—Ya empezaron...

Malak permaneció observando el fuego de la chimenea.

—¿Otra proclamación?

—La tercera esta semana.

Eira frunció levemente el ceño.

—¿Proclamación de qué?

Rufus soltó una pequeña risa cansada.

—De salvación. Últimamente la Iglesia vende esperanza como si fuera pan.

Las campanas volvieron a resonar.

Afuera comenzaron a oírse pasos apresurados, puertas cerrándose, voces llamando desde las calles.

La ciudad se estaba moviendo hacia la plaza.

Malak finalmente se puso de pie.

—Quiero verlo.

Rufus levantó la vista hacia él.

—No deberías dejarte ver demasiado.

El anciano sonrió apenas.

Eira tomó su abrigo mientras observaba a ambos hombres. Cada vez entendía más algo inquietante:

Malak no había nacido huyendo había pertenecido a todo aquello y quizás, alguna vez... incluso creyó en ello.

Las calles de Vhaldrim estaban abarrotadas.

Ciudadanos, comerciantes, soldados y mendigos se acumulaban alrededor de la gran plaza central mientras sacerdotes del Fuego Eterno caminaban entre la multitud sosteniendo antorchas encendidas pese a la luz del día.

La enorme estatua del Fuego dominaba el centro como un dios vigilando a sus fieles.

Eira observó los rostros de la gente.

Cansancio.

Hambre.

Miedo.

Pero sobre todo...

necesidad.

La necesidad desesperada de que alguien tuviera respuestas.

Sobre una plataforma de piedra varios inquisidores esperaban inmóviles, vestidos con túnicas blancas adornadas con cadenas doradas. Detrás de ellos colgaban enormes estandartes rojos atravesados por la llama sagrada.

Y en el centro...

un hombre alto, delgado, con el rostro severo y ojos hundidos.

El Gran Orador Hadrian Voss.

Rufus murmuró apenas al verlo:

—Perro elegante...

Malak no respondió.

Hadrian levantó lentamente ambas manos y la plaza entera comenzó a silenciarse.

Ni siquiera por obediencia.

Por costumbre.

—¡Hijos del Fuego! —proclamó con una voz grave que resonó sobre los techos de la ciudad—. ¡Otra aldea ha caído al norte de Drenval!

Murmullos recorrieron la multitud.

—¡Otra familia devorada por las criaturas nacidas del pecado! ¡Otra muestra de que los viejos reinos ya no pueden protegerlos!

Un hombre entre la multitud gritó:

—¿Y el rey qué hace?!

Hadrian lo señaló inmediatamente.

—¡El rey se esconde tras sus murallas mientras ustedes entierran hijos!

La multitud comenzó a agitarse.

—¡Los nobles discuten oro mientras las bestias caminan entre nosotros! ¡Los monasterios antiguos callan! ¡La vieja iglesia sigue negando la verdad!

Eira observó cómo algunas personas asentían lentamente.

No parecían fanáticos.

Parecían desesperados.

Y eso era peor.

—¿La vieja iglesia? —susurró Eira.

Rufus respondió sin apartar la vista del escenario.

—Antes existía una sola fe. Luego aparecieron las Voces... las Brujas... las primeras deformaciones. Algunos quisieron entender lo que estaba ocurriendo. Otros quisieron destruirlo todo.

Malak habló finalmente:

—Y el Fuego Eterno aprendió algo importante.

—¿Qué cosa? —preguntó Eira.

—Que el miedo une más rápido que la esperanza.

Arriba, Hadrian continuaba hablando.

—¡Nos llamaron fanáticos! ¡Nos llamaron verdugos! ¡Pero fuimos nosotros quienes entramos en los pueblos cuando los reyes huyeron! ¡Fuimos nosotros quienes levantamos murallas! ¡Fuimos nosotros quienes trajimos orden al caos!

—¡Los reinos arden mientras los nobles se esconden detrás de piedra y vino! ¡Miles mueren defendiendo murallas que sus propios reyes abandonarían antes de caer junto a ustedes! ¡Y aun así les digo esto: no hay muerte más digna que aquella ofrecida al servicio de la Luz! ¡No existe gloria mayor que entregar la vida para que otros sobrevivan una noche más!

La multitud respondió con murmullos y rezos.

Hadrian alzó la voz todavía más.

—¡Tengan cuidado, hijos del Fuego! ¡La Oscuridad no duerme! ¡Está en los bosques... en las ruinas... en las plegarias equivocadas! ¡Las Voces siguen llamando desde debajo del mundo! ¡Y todavía hay necios dispuestos a escucharlas!

Los inquisidores golpearon nuevamente sus lanzas contra el suelo.

CLANG.

CLANG.

CLANG.

—¡Las Brujas corrompieron lo que era sagrado! ¡Las antiguas órdenes abrieron puertas que jamás debieron tocarse! ¡Y ahora las criaturas caminan entre nosotros porque los débiles buscaron conocimiento donde solo debía existir fe!

Un anciano cayó de rodillas llorando.

Una mujer abrazó a sus hijos.

Hadrian extendió un brazo hacia la multitud como si quisiera arrancarlos del miedo con las manos.

—¡Malditos sean los reyes que aún pactan con hechiceros mientras sus pueblos son devorados! ¡Malditos los señores que llaman superstición a las bestias mientras entierran cadáveres mutilados bajo sus propias ciudades! ¡Dicen que aún controlan el reino! ¿Qué reino? ¡El hambre gobierna los caminos! ¡La peste gobierna los pueblos! ¡Y el miedo gobierna los corazones de los hombres!

El viento agitó violentamente los estandartes del Fuego Eterno.

—¡La vieja iglesia les prometió paraísos después de la muerte mientras el mundo se pudría delante de sus ojos! ¡Nosotros no! ¡Nosotros estuvimos en las aldeas cuando las criaturas llegaron! ¡Nosotros levantamos murallas! ¡Nosotros purificamos la corrupción cuando los nobles huyeron como ratas!

La multitud comenzó lentamente a responder.

Primero unos pocos.

Luego decenas.

Finalmente cientos.

*—¡Fuego Eterno!
¡Fuego Eterno!
¡Fuego Eterno! —*

Hadrian levantó la antorcha hacia el cielo gris.

—¡No luchamos por coronas! ¡No luchamos por oro! ¡Luchamos por la existencia misma de la humanidad! ¡Porque si la Oscuridad vence... no quedará reino, ni nombre, ni dios que recuerde a los hombres!

Entonces señaló directamente hacia las murallas del norte.

—¡Las criaturas avanzan! ¡Los pueblos caen! ¡Y aun así los reyes siguen discutiendo fronteras mientras el mundo muere! ¡Por eso el Fuego Eterno debe gobernar donde los hombres han fracasado!

El silencio que siguió fue peor que los gritos.

Porque Eira entendió algo terrible observando los rostros alrededor.

Muchos ya empezaban a creerlo.

—¡Las criaturas existen porque el hombre abandonó la luz! ¡Porque las antiguas órdenes jugaron con fuerzas prohibidas! ¡Porque las Brujas abrieron puertas que jamás debieron tocarse!

Eira sintió un escalofrío.

No porque el discurso fuese convincente.

Sino porque entendió que funcionaba.

Hadrian caminó lentamente por la plataforma mientras hablaba.

—Los reinos están muriendo. Los señores feudales pelean entre ellos. Las rutas comerciales se pudren. Los soldados desertan. Y mientras tanto... la vieja iglesia se esconde detrás de libros polvorientos y plegarias vacías.

Los ojos de Rufus se endurecieron apenas.

Malak lo notó.

—No le molesta que mientan —dijo en voz baja—. Le molesta que la gente empiece a creerles.

Rufus soltó una pequeña risa amarga.

—La verdad dejó de alimentar hombres hace mucho tiempo.

El Gran Orador levantó entonces una antorcha frente a toda la plaza.

La llama ardía intensamente pese al viento.

—¡Nosotros somos la salvación! ¡El Fuego Eterno no promete paraísos después de la muerte! ¡Promete sobrevivir esta noche!

La multitud estalló.

No en fervor.

En alivio.

Eira comprendió entonces el verdadero poder de aquella iglesia.

No gobernaban por amor.

Ni por fe.

Gobernaban porque el mundo se había vuelto demasiado horrible como para que la gente pudiera soportarlo sola.

Y en medio de todo aquello...

Malak observaba en silencio.

Sin odio.

Sin sorpresa.

Como un hombre que ya había visto nacer aquella mentira muchos años atrás.